

Cuando se piensa...

Cuando se piensa que ni la Santísima Virgen puede hacer lo que un sacerdote;

Cuando se piensa que ni los ángeles ni los arcángeles, ni Miguel ni Gabriel ni Rafael, ni príncipe alguno de aquellos que vencieron a Lucifer pueden hacer lo que un sacerdote;

Cuando se piensa que Nuestro Señor Jesucristo, en la última Cena, realizó un milagro más grande que la creación del Universo con todos sus esplendores, y fue convertir el pan y el vino en su Cuerpo y su Sangre para alimentar al mundo, y que este portentoso, ante el cual se arrodillan los ángeles y los hombres, puede repetirlo cada día un sacerdote;

Cuando se piensa en el otro milagro que solamente un sacerdote puede realizar: perdonar los pecados, y que lo que él ata en el fondo de su humilde confesionario, Dios, obligado por su propia palabra, lo ata en el cielo, y lo que él desata, en el mismo instante lo desata Dios;

Cuando se piensa que la humanidad se ha redimido y que el mundo subsiste porque hay hombres y mujeres que se alimentan cada día de ese Cuerpo y de esa Sangre redentora que sólo un sacerdote puede realizar;

Cuando se piensa que el mundo moriría de la peor hambre si llegara a faltarle ese poquito de pan y ese poquito de vino;

Cuando se piensa que eso puede ocurrir, porque están faltando las vocaciones sacerdotales; y que, cuando eso ocurra, se conmoverán los cielos y estallará la tierra, como si la mano de Dios hubiera dejado de sostenerla; y las gentes gritarán de hambre y de angustia, y pedirán ese pan, y no habrá quien se lo dé; y pedirán la absolución de sus culpas, y no habrá quien las absuelva, y morirán con los ojos abiertos por el mayor de los espantos;

Cuando se piensa que un sacerdote hace más falta que un rey, más que un militar, más que un banquero, más que un médico, más que un maestro, porque él puede reemplazarlos a todos y ninguno puede reemplazarlo a él;

Cuando se piensa que un sacerdote, cuando celebra en el altar, tiene una dignidad infinitamente mayor que un rey; y que no es ni un símbolo, ni siquiera un embajador de Cristo, sino que es Cristo mismo, que está allí repitiendo el mayor milagro de Dios;

Cuando se piensa todo esto, **uno comprende** la inmensa necesidad de fomentar las vocaciones sacerdotales.

Uno comprende el afán con que, en tiempos antiguos, cada familia ansiaba que de su seno brotase, como una vara de nardo, una vocación sacerdotal.

Uno comprende el inmenso respeto que los pueblos tenían por los sacerdotes, lo que se refleja en las leyes.

Uno comprende que el peor crimen que puede cometer alguien es impedir o desalentar una vocación.

Uno comprende que provocar una apostasía es ser como Judas y vender a Cristo de nuevo.

Uno comprende que si un padre o una madre obstruyen la vocación sacerdotal de un hijo, es como si renunciaran a un título de nobleza incomparable.

Uno comprende que más que una iglesia, y más que una escuela, y más que un hospital, es un seminario o un noviciado.

Uno comprende que dar para construir o mantener un seminario o un noviciado es multiplicar los nacimientos del Redentor.

Uno comprende que dar para costear los estudios de un joven seminarista o de un novicio, es allanar el camino por donde ha de llegar al altar un hombre que durante media hora, cada día, será mucho más que todas las dignidades de la tierra y que todos los santos del cielo, pues será Cristo mismo sacrificando su Cuerpo y su Sangre para alimentar al mundo.

HUGO WAST

Dios es como una madre

Consideremos a **un hombre de cuarenta años** que todavía tiene a su madre, a la cual respeta y venera, y a la que cada día visita con exactitud durante media hora, a pesar de sus ocupaciones absorbentes, hablando filialmente con ella de estas y otras cosas, y despidiéndose de ella hasta el día siguiente. Verdaderamente no se puede pedir más y, desde el punto de vista de las madres, sería deseable que todos los hombres obraran así.

Esta imagen nos muestra el comienzo de la vida de oración, cuando el alma hace cada día su meditación, lo cual es necesario al inicio, y siguiendo fielmente su pequeño método punto por punto. Ya es algo, pero no es más que un comienzo, aunque ciertas almas crean hacer maravillas con sus hermosos discursos y razonamientos.

Supongamos que el alma sea fiel y que Dios la haga avanzar. ¡Oh, cómo se ve rejuvenecida por eso mismo! Ya no es el hombre de cuarenta años que da

media hora cada día a su madre. Es **el hijo de veinte años**, que se aleja de su madre, sin duda, para entregarse a sus ocupaciones exteriores, pero que permanece tiernamente unido a ella. Para un joven bien nacido, los lazos con una madre son todavía muy íntimos a los veinte años.

Veamos luego al alma subir un nuevo grado: es entonces **el hijo de quince años**. A los quince años se vive todavía en casa de la madre. Se poseen todavía todas las queridas y santas ilusiones del niño sobre sus padres, su casa paterna, que lo es todo para el niño. Así hace nuestra pequeña alma en la casa de su Padre celestial. Le ha concedido esta gracia, pedida por el salmista, «*de habitar en la casa del Señor todos los días de su vida*» (Sal. 26 4). Esta casa es la casa de la oración. El alma no la abandona. Sin duda, ella no habla sin cesar de Dios o a Dios, pero no deja de mirarlo; no hace nada, por así decirlo, sin ser movida por Dios; se encuentra rodeada de Dios, no tiene otras ideas que las de Dios. ¡Qué inmenso progreso: no poder salirse de la atmósfera de Dios!

El alma sigue avanzando. **Llega a los diez años**, edad en que el niño no sabe todavía mantener conversaciones como las personas mayores; pero no por eso sus charlas agradan menos a su madre. ¡Qué progreso cuando el alma comienza a no poder siquiera hablar, como en el tiempo de su pequeña infancia! En ese estado no tiene ya otras miras que las de Dios, de modo semejante a como el niño no ve más que a su madre.

Avancemos aún y veamos al niño **a la edad de cuatro años**, edad tan amada de las madres, porque en esa edad la madre y el hijo se bastan plenamente. El lenguaje del hijo es un balbuceo, pero ¡cuán delicioso para el corazón de la madre! Ella misma se «*empequeñece*», por así decir, para parlotear, para balbucear con su hijo: no necesitan otra cosa.

¡Qué imagen asombrosa y sublime de lo que es Dios con sus santos! Si algún fonógrafo desconocido pudiese grabar y reproducir la oración de los santos, quedaríamos sorprendidos y pasmados por su simplicidad, su infantilidad, su balbuceo de amor. Esta simplicidad les es necesaria para no querer más que a Dios, para no tener necesidad sino de Dios en medio de todos sus trabajos y pruebas. Dios les basta y, ¡cosa exquisita!, los santos bastan plenamente a Dios. Dios no necesita otra cosa. Lo olvida todo, por decirlo así, para entretenerse en escuchar el balbuceo de sus santos, para perderse en él con delicias. ¿Qué le importa a la madre lo que la rodea cuando habla con su hijo? Comparación asombrosa. Dios olvida todas las blasfemias, todas las iniquidades que merecerían la destrucción de la tierra. A veces uno se pregunta por qué Dios no castiga... ¡Ah! Es que Dios está con sus santos; y, junto a ellos, olvida, no ve, no escucha otra cosa, y es este balbuceo de los santos el que nos alcanza misericordia.

Este balbuceo del pequeñuelo con su madre, ¿será el término de la vida de oración? Prosigamos la comparación comenzada. Hay **una edad en que el niño no habla ni camina**, edad en que, por consiguiente, el niño vive de su madre y descansa continuamente en sus brazos, sobre su corazón. Esta edad es la imagen de los grandes santos. Abismados en Dios, ya no pueden hablar: silencio sagrado

muy superior al balbuceo. Se encuentran entonces dormidos en el seno de Dios, alimentándose de su sustancia, no pudiendo sustentarse con otro alimento, como los pequeñuelos que no pueden vivir sino de la sustancia de su madre. Del mismo modo, los santos no pueden dejar a Dios.

¿Es ésta la última palabra, el último progreso? No. La mayor unión que pueda conocer el niño con su madre es la de **la época sagrada en que forma una sola cosa con ella**. Ni siquiera se lo ve: vive en ella.

Aquí se trata ya de los grandísimos santos que uno ya no puede ver, de tan perdidos y fundidos en Dios que están, no teniendo con El sino una misma vida; son tan invisibles que parecen muertos, y sin embargo viven una vida íntima, una vida misteriosa con Dios. De esta vida decía san Pablo: «*Estamos muertos, y nuestra vida se encuentra escondida con Cristo en Dios*» (Col. 3 3). Estamos muertos, ya no se nos puede ver...

R. P. THOMAS DEHAU O. P.

Las sublimes

¿La conoces, musa mía?
Es modelo soberano
bosquejado por la mano
de la gran sabiduría.

Es el más dulce buen ver
de tus visiones risueñas;
es la mujer que tú sueñas
cuando sueñas la mujer.

La discreta, la prudente,
la letrada, la piadosa,
la noble, la generosa,
la sencilla, la indulgente,

la suave, la severa,
la fuerte, la bienhechora,
la sabia, la previsoras,
la grande, la justiciera...;

la que crea y fortalece,
la que ordena y pacifica,
la que ablanda y dulcifica...,
¡la que todo lo engrandece!

La que es esclava y señora,
la que gobierna y vigila,
la que labra y la que hila,
la que vela y la que ora...

¡Hela, hela, musa ruda!
¿No la cantas? –**No la canto.**
–¿Por qué, si la admiras tanto?
–**Porque si admiro soy muda.**

–¿Y cuál es la maravilla
que así admiras muda y queda?
–**O es Teresa de Cepeda,
o es Isabel de Castilla!**

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN